

Sobre la individualidad canalla:

*Publicado en *Revista Dispar* N° 6. Buenos Aires, 2006, Grama Ediciones.

Marisa Morao trabaja, desde la clínica contemporánea y la filosofía antigua, remarcando sus diferencias éticas, el cinismo.

“Cuando nos interesamos en el terreno de la toxicomanía podemos leer en los casos el fracaso de los puntos de capitón, el privilegio del goce en detrimento del sentido y la verdad, la precariedad de los lazos del sujeto tanto como su otra cara: el rechazo de los mismos. Uno de los modos de este rechazo se manifiesta en lo que considero llamar el “individuo canalla”. que en la modalidad canalla no se trata de sujeto, sino de individuo; el individuo canalla es portador de una conciencia que no constituye un soporte para la equivocación, es decir no se atiene a sus palabras, ni a sus actos.”

El objetivo de los cínicos era vivir “de acuerdo a la virtud”. “Me interesa destacar que en el cinismo antiguo el desprecio y el rechazo al Otro social bajo diversos modos afectaba los semblantes del Otro. Sin embargo era un estilo de vida que no tenía como resultado el ataque - podríamos llamarlo así- indiferenciado al cuerpo del otro, ataque que constituye el acto violento y brutal en nuestra época.”

19-01-2010 - Por Marisa Morao

Las siguientes consideraciones surgen del ejercicio de la función del control en instituciones monovalentes en el tratamiento de las adicciones.

En la clínica contemporánea, cuando nos interesamos en el terreno de la toxicomanía podemos leer en los casos el fracaso de los puntos de capitón, el privilegio del goce en detrimento del sentido y la verdad, la precariedad de los lazos del sujeto tanto como su otra cara: el rechazo de los mismos. Uno de los modos de este rechazo se manifiesta en lo que considero llamar el “individuo canalla”.

Sabemos que para el psicoanálisis el sujeto no es un dato a priori “En el psicoanálisis recibimos a un individuo. Pero en el individuo buscamos, aislamos aquello que en él es el sujeto, en tanto ha sido constituido en él a partir de una operación[1]”. El sujeto no es la causa de sí mismo, de este modo el efecto sujeto está articulado al Otro, se establece la diferencia crucial entre efecto sujeto y lo individual. Lo individual es un cuerpo, un yo (moi), diferencia que J.-A. Miller nos recuerda en “Teoría de Turín”.

Bajo esta perspectiva voy a proponer que en la modalidad canalla no se trata de sujeto, sino de individuo; el individuo canalla es portador de una conciencia que no constituye un soporte para la equivocación, es decir no se atiene a sus palabras, ni a sus actos.

El impasse del lazo transferencial:

En primer lugar la indicación ética en psicoanálisis. Es en El Seminario 7 donde J. Lacan afirma que el canalla bien vale un tonto y plantea si el resultado de la

constitución de los canallas en tropel, no culminara infaliblemente en una tontería colectiva.

Años más tarde, en “Televisión” sostiene que hay que rehusar el psicoanálisis a los canallas, “he ahí seguramente lo que Freud disfrazaba con un pretendido criterio de cultura”, es una indicación que parte de las relaciones que él establece entre el canalla y la tontería. El análisis debe rehusarse a los canallas dado que los canallas se vuelven necios. La canallada se convierte en necedad y podríamos decir que la indicación toma el valor de una “contraindicación al tratamiento psicoanalítico”.

En “Les non dupes errent” Lacan denomina canallas a aquellos que no creen demasiado en la verdad. Hay aquí dos términos afectados: creencia y verdad. Cada vez que nos encontramos ante un modo canalla, se puede verificar que la relación de aquel con la creencia y la verdad se halla en déficit, lo que pone de relieve el impasse del lazo transferencial.

Se constata en la clínica contemporánea, en el psicoanálisis aplicado a la toxicomanía, que cuando se trata de una modalidad canalla no se produce el desciframiento del inconsciente, siendo que la recíproca no es verdadera.

En cuanto a la articulación del síntoma y la creencia Lacan indica que “Cualquiera que viene a prestarnos su síntoma allí cree, si nos demanda nuestra ayuda es porque el síntoma es capaz de decir algo[2]”. La creencia es un semblante que posibilita que el goce del síntoma, el goce autista del síntoma tenga una apertura al Otro de la transferencia por la vía del S.s.S, en este aspecto la creencia porta una función de broche entre elementos en disyunción, goce Uno y Otro. La creencia supone al Otro, es uno de los nombres del S.s.S., operador a través del cual el sujeto dirige su demanda al analista. En definitiva creer que el síntoma comporta una verdad y creer en la verdad como estructura de ficción es cuestión de lazo, un lazo que vehiculiza el amor al saber.

Bajo la perspectiva de este impasse del lazo se puede decir que no creer demasiado en la verdad, es una posición acorde a lo que J.-A. Miller aisló como el “sujeto sin referente”, aquel que no posee un significante amo que lo represente.

En su curso “El desencanto del Psicoanálisis” realiza una lectura acerca de la vergüenza y las condiciones de su desaparición en la civilización actual, destacando que la desaparición de la vergüenza significa que el sujeto deja de estar representado por un significante válido es por lo tanto lo que no permite descifrar, volver legible el inconsciente.

La vertiente del goce:

La demanda de alguien que sufre del cuerpo o de sus pensamientos pone de manifiesto la relación de mortificación, casi de esclavitud con su padecer, contrariamente la posición canalla presentifica cierto estado de “libertinaje” tal como J.-A. Miller lo formula en “Un esfuerzo de poesía”

A propósito del El sobrino de Rameau de Diderot, J.-A. Miller extrae las siguientes frases de la obra: “Abandono mi espíritu a todo libertinaje” y “Mis pensamientos son

mis rameras”, para señalar que el libertinaje “Es gozar, sin duda, pero gozar sin ser esclavo de ese goce. Por el contrario, es ser amo de ese goce. Es en cierto modo, amar su pulsión en la indiferencia del objeto, uno u otro. Es esencialmente, no casarse con ningún pensamiento, sino extraer de cada uno una satisfacción que no encadena[3]”. Es una consideración que ilumina de modo ejemplar la posición canalla.

Aquel que es amo de ese goce no está dispuesto a cederlo, de allí la imposibilidad de aislar en los relatos los signos de la división subjetiva, es decir culpa, vergüenza, angustia, duda, etc. De esta manera ciertos actos delictivos pueden ser evocados como acciones o conductas del pasado bajo una forma impune “eso ya pasó”, es una manera de expresar la ausencia de implicación subjetiva “no me implico en eso que viví-gocé”. Es un modo de gozar que se inscribe en la tesis de J. Lacan “para gozar hace falta un cuerpo” y que J.-A. Miller aisló en el “Paradigma VI”: “El punto de partida encontrado en el goce es el verdadero fundamento de lo que aparece como extensión, incluso la demencia, del individualismo contemporáneo”. Es el goce Uno que prescinde del Otro, es el goce sin ningún idealismo[4]”

En el año 72 J. Lacan señala que la canallada no es hereditaria, no se trata de herencia, se trata de deseo, deseo del Otro del que el interesado ha surgido. “Hablo del deseo: no siempre es el deseo de sus padres, puede ser el de sus abuelos, pero si el deseo por el que ha nacido es un deseo de canalla, será un canalla infaltablemente. No encontré nunca excepciones[5]”.

Es posible verificar en estos “casos” al nivel de los relatos referidos a acciones que implican la ruptura violenta del lazo con el otro (robo a mano armada, tráfico de drogas, etc.), el deseo de algún “pariente próximo” que lo empuja a “librarse de molestia, lo que vulgarmente se denomina “zafar”. Se constata el deseo de canalla en el acto de poner al individuo en cuestión -generalmente jóvenes- al resguardo de la sanción social y-o jurídica.

¿Qué partenaire?

La cuestión de “amar su pulsión en la indiferencia del objeto, uno u otro” se puede verificar a nivel del lazo con el Otro sexo. Se trata de dar lugar a la satisfacción pulsional sin el velo del amor, es decir que no se constituye un lazo amoroso con el partenaire, es solo un medio para alcanzar el goce uno.

Recordemos con Lacan el anudamiento entre el partenaire y el síntoma. Luego de afirmar que el síntoma es “el que se cree en ello”, dice: “una mujer en la vida de un hombre es algo en lo que él cree (...) él cree en la especie[6]”. El hombre cree allí, cree en unos seres en tanto puedan decir algo, cree en la especie que de manera contingente una mujer puede venir a encarnar. Entonces, aquel que no cree demasiado en la verdad, no eleva a una mujer al lugar del síntoma. Es ahí donde se acentúa la dimensión del objeto en los encuentros con el Otro sexo, dicho de otro modo: una mujer puede ser un objeto equivalente a la sustancia, en definitiva se trata de medios indiferenciados que sirven para alcanzar la satisfacción en juego.

En Match Point, la realización cinematográfica dirigida por Woody Allen, se transmite muy bien, a través de la vida de Chris el personaje principal -en su carrera por el lujo y

el poder- el estilo canalla de la época en el aspecto de ir contra el lazo amoroso. Contrariamente a tener una mujer como síntoma se acentúa la vertiente del objeto, cualquier objeto, que solo vale para la satisfacción.

“Amo de su goce” es privilegiar la satisfacción en detrimento del amor y la verdad, ¿no es acaso lo que impide amar al inconsciente?

Diferencias radicales con el cinismo antiguo:

J. M Rist, en La filosofía estoica señala que Antístenes – de quién las escuelas cínicas recibieron influencias- desarrolló una especie de antítesis sofística entre la vida de la virtud y la vida de acuerdo con las leyes de la ciudad en la que se ha nacido. La posición cínica indica que las leyes de la virtud y las leyes de la ciudad son enemigas. La vida en la ciudad incluye sus convenciones, normas, hábitos.

El objetivo de los cínicos era vivir “de acuerdo a la virtud”. Las actividades las clasificaban como virtuosas, viciosas o indiferentes. Si bien el ideal era la virtud, se destaca que la dificultad para entender el cinismo es saber qué son los actos virtuosos. “Sin duda, los cínicos afirmaban que lo bueno es ser completamente independiente de la sociedad en la que uno se halla (...), pero ¿cuáles son los actos de un hombre completamente independiente? (...) El mismo Diógenes afirmaba que la libertad de expresión y la libertad de acción son las cosas más importantes de la vida[7]”

Respecto de esto el autor señala que probablemente es cierto que Diógenes pensaba que el hombre sabio puede decir cualquier cosa y que podría hacer –y haría- todo tipo de cosas de las que el público convencional (los estúpidos), se sentirían inhibidos. Sin embargo considera que Diógenes no dejaría decir al hombre sabio que el vicio es bueno, aunque es perfectamente libre para decir que la masturbación en público, por ejemplo, es totalmente indiferente desde el punto de vista moral. Aquí Rist se diferencia de Baldry y afirma que Diógenes no es un amoralista, parece un amoralista en tanto que él “...explicaba continuamente lo que no era vicioso, porque era natural, mientras que nunca daba detalles de qué era virtuoso[8]”.

La tesis de J. M. Rist es que para Diógenes la virtud era simplemente la independencia completa del yo. Vemos aquí, en la independencia completa del yo -bajo la forma de la insistencia en la importancia de la libertad y las elecciones libres en palabra y en hecho- toda la problemática relativa al lazo social poniéndose en el centro de la cuestión la primacía del Uno, en detrimento del Otro. Sin embargo, esta interpretación no nos permite afirmar que Diógenes es un equivalente al canalla contemporáneo. Hay que subrayar que el rechazo de Diógenes a la vida de ciudad quiere decir también que “El hombre sabio no habita en una ciudad ordinaria ni respeta las leyes ordinarias. No encuentra ningún uso a los adornos de la civilización como las armas o el dinero[9]” Es una diferencia crucial en cuanto a lo que se manifiesta en nuestra clínica contemporánea.

Bajo la perspectiva del “rechazo a los adornos de la civilización”, Michel Onfray en Cinismos. Retrato de los filósofos llamados perros, destaca que “Rechazar la moda, implica también no sacrificarse a la uniformidad del momento y a las prácticas de masa,

y al mismo tiempo preservar y afirmar una singularidad. De este modo, el comportamiento cínico vuelve inútil la lógica mercantil, ataca el comercio e invita a limitar la circulación de las riquezas[10]”.

Una anécdota sobre Diógenes Laercio pone de relieve la afirmación anterior, relata el autor: “Solían llevar en la alforja una pequeña colodra o taza con la que recogían agua de las fuentes y los manantiales. Pero un día, al ver que un joven bebía del hueco de la mano, Diógenes, contrito y confuso, tiró el tazón al arroyo preguntándose cómo había podido cargar durante tanto tiempo un objeto tan molesto y superfluo...[11]”.

Por otra parte, el autor de Cinismos..., nos indica una serie de técnicas cínicas que conforman “estrategias subversivas que desalientan las veleidades de una falsa aristocratización”. Con estas técnicas Diógenes se dirige a todos para poder llegar a algunos. “Los juegos de palabras, el humor, la ironía permiten hacer la selección: son armas eficaces y operativas. Hacen posible la división y la separación[12]”

Los cínicos saben que nada puede esperarse de lo colectivo. “Sólo unos pocos serán captados; los demás continuarán su vida desordenada y mezquina[13]”. Aquel que no esté a la altura del proyecto cínico no será reconocido como par en sabiduría.

Me interesa destacar que en el cinismo antiguo el desprecio y el rechazo al Otro social bajo diversos modos afectaba los semblantes del Otro. Sin embargo era un estilo de vida que no tenía como resultado el ataque - podríamos llamarlo así- indiferenciado al cuerpo del otro, ataque que constituye el acto violento y brutal en nuestra época. Contrariamente en el “proyecto cínico” las estrategias subversivas que afectan al Otro - “división y la separación”- se vehiculizan a través del uso de las palabras. En este aspecto, el impasse contemporáneo radica en las modalidades violentas de la individualidad canalla que va en detrimento del cuerpo del otro. Es un impasse que se inscribe en lo que Éric Laurent dio en llamar la “civilización y su trauma”.

Bibliografía de consulta:

Lacan, J., El Seminario. La ética del Psicoanálisis, “El amor al prójimo” Editorial Paidós, Bs. As., 1988

Lacan, J., Radiofonía y Televisión, Editorial Anagrama, Barcelona

Lacan, J., El Seminario XXI “Les non dupes errent”, 19-3-74, inédito.

Miller, J.-A., Curso de la Orientación lacaniana, “El desencanto del Psicoanálisis”

Notas:

- [1] Miller, J.-A., en su Curso de la Orientación lacaniana, “Un esfuerzo de poesía”, sesión del 26/03/03, inédito
- [2] . Lacan, J., RSI, 21-1-75, inédito
- [3] Miller, J.-A., en su Curso de la Orientación lacaniana, “Un esfuerzo de poesía”, sesión 20-11-2002, inédito
- [4] Miller, J.-A., El lenguaje, aparato del goce, Colección Diva, Bs. AS., 2000, p. 177
- [5]Lacan, J., “El saber del psicoanalista”, 1-6-72, versión inédita
- [6] Lacan, J., RSI, 21-1-75, inédito
- [7] Rist, J.M, La filosofía estoica, en “El cinismo y el estoicismo”, Editorial Crítica, Barcelona, 1998, p.168
- [8] Rist, J.M, Idem
- [9]Rist, J. M, en op.cit, p. 69
- [10]Onfray, M., Cinismos. Retrato de los filósofos llamados perros. Editorial Paidós, Bs. As, 2002,
- p. 46
- [11]Onfray, M., en op. cit., p. 51
- [12]Onfray, M., en op. cit., p. 114
- [13]Onfray, M., en op. cit., p. 114